

EURÍDICE EN LA SOMBRA

Ángela Jaramillo (*)

Nos cuenta el mito que Orfeo, incapaz de soportar la muerte de Eurídice, a quien la muerte la sorprendió el día de su casamiento con Orfeo, decide bajar al Hades a rescatarla. Su estrategia será fascinar a los habitantes del mundo de las tinieblas con su hermoso canto. Y en efecto, la belleza de su canto le permite adentrarse en el oscuro territorio del mundo de las sombras. Conmovida por la intensidad del dolor y del amor de Orfeo, Proserpina, sólo le pone una condición para rescatar a su amada: marchará delante de ella y mientras esté en la región infernal, no podrá volverse a contemplar el rostro de su amada. Si lo hiciera, perdería para siempre a Eurídice, quien volvería sola al reino de las sombras. A punto de traspasar el umbral que los separaba del mundo de la vida, el poeta no puede contener el deseo de mirar el rostro amado y *"vuelve hacia atrás la mirada dolorida y sólo divisa una sombra traslúcida y llorosa que retorna a la oscuridad. Todo está perdido"* (1)

"A Orfeo, el de Eagro, despidieron del Hades con las manos vacías mostrándole nada más que un fantasma de la mujer que buscaba sin dársela en su realidad" (2) nos dice Fedro en el Banquete. Dos aspectos de este mito quiero resaltar:

- Del vínculo de Eurídice y Orfeo está excluida la relación sexual.
- Orfeo obtiene un fantasma de la mujer que buscaba y no su realidad.

Un hermoso mito pone de manifiesto que para el hombre, algo de la mujer amada permanece en el reino de las sombras, en la oscuridad y el silencio, sin que le sea posible traspasar el umbral que le permite acceder a la palabra y la vida. A esta dimensión nos ha familiarizado el discurso psicoanalítico y parece inagotable como tema de seminarios, congresos, encuentros, escritos. Voy a intentar decir algo más en este sentido, consciente de que sólo es algo más y que será, como siempre que se habla de ello, insuficiente.

El mito posee la virtud de hacer resonar verdades que de otro modo no pueden ser dichas. Lacan, en *El mito individual del neurótico*, señala que *"el mito es lo que da una forma discursiva a algo que no puede ser transmitido en la definición de la verdad"*. Al parecer, el mito encuentra su lugar allí donde la palabra no puede nombrar lo inexorable, lo enigmático para el pensamiento, más no por ello ajeno. Giorgio Colli en su texto *El nacimiento de la filosofía*, confirma esta idea al señalar que *"el enigma aparece cuando el objeto del pensamiento no va expresado por el sonido de las palabras. Por tanto presupone una condición mística en que cierta experiencia resulta inexpresable"* (3). Colli transmite así la idea de que lo no posible de expresar por la palabra es lo que se

constituye en enigma. Podemos proponer, teniendo como referencia la anotación de Lacan hace poco citada, que mito, verdad y enigma son dimensiones enlazadas, emparentadas. Y a ello no es ajena la mujer.

Es bien sabido que a pesar de su constante y disciplinado esfuerzo, Freud no consigue obtener un esclarecimiento que le satisfaga en lo referido a la sexualidad femenina. En ésta hace presencia un aspecto que la coloca en el territorio de lo desconocido. Es posible demostrar además, que en la obra freudiana no existe una sola versión de la mujer. Sobre ésta señala diversas dimensiones que no podrían yuxtaponerse porque estas diversas dimensiones implican asimismo distintas lógicas. De un lado encontramos la mujer-madre, pero igualmente hace presencia la mujer incalculable, enigmática, horrorosa.

En *El tabú de la virginidad* nos dice que la mujer es extraña, ajena, objeto de un horror básico que "acaso se funde en que ella es diferente al varón, parece eternamente incomprensible y misteriosa, ajena y por ello hostil" (4). Más adelante precisa que existe un poder contrario al amor que desautoriza a la mujer como ajena y hostil. Es esta una precisa anotación freudiana que nos permite considerar que la mujer no toda es aprehendida en la relación amorosa, que existe algo en ella que escapa aún para el hombre enamorado. Esta extrañeza de la mujer pervive y se impone a pesar de la pretensión de alcanzarla toda, pretensión que al parecer anima a Aristófanes cuando nos dice en el Banquete que el amor es la tendencia a la integración que anima al hombre y a la mujer. Esto supone que el amor haría posible alcanzar el Uno, Uno que fue dividido por los dioses para castigar a los seres humanos por su pretensión de igualarlos y superarlos. "Cortada así la humana naturaleza, se iba la una mitad hacia su otra mitad con ansias de unión, rodeándose los brazos en abrazo y en mutuo entrelazamiento, deseando nacerse otra vez en Uno" (5).

El mito de Orfeo y el que nos propone Aristófanes son contrarios, se oponen en un aspecto fundamental en lo referido a la relación hombre - mujer.. El mito de Orfeo nos presenta a la mujer como un fantasma inalcanzable, lo que introduce una disparidad radical entre hombre y mujer, disparidad que el mito ilustra al señalar que Orfeo retorna al reino de la vida mientras Eurídice permanece en el Hades. Aristófanes, por el contrario, propone como posible el que hombre y mujer se hagan Uno mediante el amor, posibilidad que coloca a hombre y mujer en el reino de la semejanza.

Atendamos a lo que Freud señala como causa de esa dimensión que hace a la mujer ajena, extraña, hostil y además, objeto de un horror básico. En este punto, nombra la diferencia y ello nos evoca la tan frecuentemente nombrada diferencia sexual anatómica. No voy a realizar un desarrollo detallado y puntual de este fragmento de la teoría freudiana. Sólo quiero resaltar que la diferencia sexual ocasiona decisivas consecuencias, no por su realidad anatómica, sino por su entramado con el orden del significante. Es porque niño y niña están capturados por el orden significativo por lo que la diferencia tiene efectos en el registro



psíquico. Si la diferencia sexual impacta de forma tan determinante la vida de hombre y mujeres, estableciendo además lógicas precisas en las relaciones entre los sexos, es porque la sexualidad humana está gobernada por leyes derivadas del orden simbólico. Esto implica que la sexualidad no encuentra en la biología y anatomía su territorio, porque es el psiquismo y el significante que lo gobierna, como lo demostró hasta la saciedad Freud cuando se ocupa del chiste, el sueño y los actos fallidos, el escenario en el que se desenvuelve la sexualidad humana y en el que encuentra sus fundamentales determinaciones. De este modo podemos decir, que es el orden del significante en el que se encuentra una disparidad radical entre hombres y mujeres, disparidad que introduce, del lado de la mujer, una dimensión que la hace incomprensible y extraña. Freud usa una bonita expresión en su texto *Análisis terminable e interminable* para aludir a esta disparidad, él manifiesta que existe una **distancia** entre los sexos. La diferencia impone distancia.

Cuando el pequeño varón descubre que en el cuerpo de la niña hay una **nada** allí donde esperaba algo idéntico a lo que él posee, se desatan en él dos tipos de efectos, efectos que le signarán en adelante a la mujer. De un lado, encontramos el menosprecio que le conduce a suponer que la mujer es un ser inferior. Pero también hace presencia el horror. Freud en *Más allá del principio del placer*, vincula el horror a la sorpresa, a la presencia de lo inesperado, a un encuentro del sujeto con algo que no calculaba.

Menosprecio y horror son dos efectos que no son equivalentes en el sentido de que, aunque se originen en el mismo hecho, en uno y otro la significación y lugar de la mujer es diversa. Podemos decir que en el menosprecio domina el registro imaginario, es una estrategia para hacer cercano lo extraño. De esta manera, el menosprecio hace cercana a la mujer colocándola bajo el signo del **menos**. Por su parte, el horror da cuenta de un real, es el efecto de la presencia de algo que escapa a la posibilidad de ser pensado por el sujeto. En el horror, la mujer es inimaginable y por lo tanto imposible su relación con el hombre.

El mito de Eurídice y Orfeo nos muestra ejemplarmente que algo de la mujer pertenece al reino de la oscuridad, lo que la coloca más cercana al Hades que al reino de la vida, la luz y la palabra. Es necesario resaltar además, que en este mito la mirada posee una gran importancia. Es la impaciente mirada de Orfeo lo que sepulta para siempre a Eurídice en la penumbra, haciéndola así inalcanzable. Igualmente es la mirada del pequeño varón posada sobre el cuerpo de la niña lo que signa a la mujer como desconocida y horrorosa. Esto supone que es imposible mirar a una mujer en su absoluta diferencia, Una mujer sólo puede ser mirada por un hombre cuando para él está revestida de menosprecio.

Podría uno pensar que el menosprecio, en sus más variadas y diversas manifestaciones, es un recubrimiento del horror, una manera, al parecer fracasada, de domesticar lo que aparece como extraño. Y es que el descubrir que la mujer es diversa en un aspecto que es fundamental, la coloca en la dimensión de lo **absolutamente distinto**. El hecho de que el menosprecio sea un recubrimiento del horror permite esclarecer por qué durante tanto

tiempo en la sociedad y en la historia se ha construido y mantenido una versión de la mujer que la presenta como un ser inferior en los más diversos aspectos. Pero ello no ocurre sólo con la historia, también encontramos en la filosofía excelentes intentos por transmitir una versión de la mujer que no la favorece para nada. Schopenhauer es un excelente ejemplo que nos permite ilustrar lo que acabo de afirmar. En su famoso texto *El amor, las mujeres y la muerte*, (no me parece casual que vincule estos tres ámbitos), afirma:

" Sólo el aspecto de la mujer revela que no está destinada ni a los grandes trabajos de la inteligencia, ni a los grandes trabajos materiales. Paga su deuda a la vida, no con la acción, sino con el sufrimiento, los dolores del parto, los inquietos cuidados de la infancia; tiene que obedecer al hombre, ser compañera pacienzuda que le serene. No está hecha para los grandes esfuerzos ni para las penas o los placeres excesivos. Su vida puede transcurrir más silenciosa, más insignificante y más dulce que la del hombre..." (6).

Menosprecio y horror son el resultado de una dimensión inaprehensible de la mujer introducida por su radical e inesperada diferencia. Ello, además de presentarla como ajena y extraña, la hace inalcanzable para el deseo del varón. En *La cabeza de medusa* Freud señala: " Athenea, la diosa virgen, lleva este símbolo de horror sobre sus vestiduras; con toda razón, pues la convierte así en la **mujer inabordable** que repele todo deseo sexual ya que ostenta los genitales terroríficos de la madre" (7). En una nota de pie de página del texto *La organización sexual infantil* amplía esta idea diciendo "...el mito (de la medusa) se refiere a los genitales de maternos. Palas Athenea que lleva en su armadura la cabeza de medusa, es por ello la **mujer imposible** cuya visión ahoga toda idea de aproximación sexual" (8).

La castración y más precisamente, la castración de la madre, hace a la mujer imposible como objeto sexual. Esto supone que la mujer, en su radical diferencia, está excluida de la lógica del deseo en tanto esta lógica se centra en el significante fálico. Una pequeña pero precisa ilustración de la articulación del deseo con el significante fálico nos la proporciona el propio Freud cuando consigna que la niña pierde todo interés por la madre cuando la descubre como castrada.

A pesar de su diferencia, existe una forma como la mujer se hace accesible para el deseo de un hombre. La pista nos la ofrece Freud en *Introducción al narcisismo* al referir que los hombres aman a las más bellas. Puede uno arriesgar la idea de que la belleza encubre una nada. Se hace así estrategia para hacerse amar a pesar del horror que causa el ser absolutamente diversa, distinta, dimensión de la mujer que desvanece toda pretensión amorosa. Con toda razón puntualiza Lacan en el Seminario de la ética que tras lo bello se oculta lo horroroso.

Afirma Lacan en *La significación del falo* que "...es para ser el falo, es decir, el significante del deseo del Otro, para lo que la mujer va a rechazar una parte esencial de la feminidad, concretamente, todos sus



atributos en la mascarada. Es por lo que no es por lo que pretende ser deseada al mismo tiempo que amada" (9). Quiero llamar la atención en este señalamiento de Lacan que para ser el falo y hacerse así objeto que inspire amor y deseo, la mujer rechaza una parte esencial de la feminidad. Esta aseveración nos lleva a pensar que no todo en la mujer se articula en el falo, lo que una vez más nos pone frente a la idea de que no-toda la mujer se halla presente en el amor y el deseo.

La mujer tiene que implementar estrategias para capturar el deseo y el amor de un hombre. En ese lugar hemos nombrado la belleza, seguramente no es la única. Podemos además decir que estas estrategias encuentran su fundamento y eficacia en el hecho de que ponen de presente algo a lo que se atribuye un valor fálico para el otro. Pero, ¿cómo puede abordar un hombre a una mujer si no toda está en el amor y el deseo?

En el texto *La más generalizada degradación de la vida amorosa* Freud nos ofrece algunas ideas para intentar una respuesta. Señala la existencia de una separación de las corrientes tierna y sensual que ha encontrado en pacientes varones aquejados por lo que él nombra como impotencia psíquica. Para estos sujetos la mujer está escindida en dos valores: el amor y el deseo. A la que aman no pueden desear y a la que desean no pueden amar. Al parecer, y por el comentario de Freud se puede deducir, esta escisión no es exclusiva de unos pocos hombres. El nos dice: "*Cierta medida de esta conducta caracteriza de hecho la vida amorosa del hombre de cultura*" (10).

Lo singular del desarrollo freudiano en este sentido y sobre lo que quiero llamar la atención, es la condición que debe cumplir el objeto al que se dirige el deseo sexual del varón. Este es degradado, menospreciado. No quiero dejar pasar la ocasión de recordar que el menosprecio es un recubrimiento del horror. Quiero arriesgar en este contexto lo siguiente: La mujer en posición de objeto sexual, presentifica una dimensión horrorosa que es enfrentada por el varón mediante un recurso que le es familiar, el menosprecio y la degradación.

Por su parte, la degradación del objeto sexual Freud la explica por la presencia de componentes perversos en las metas sexuales del varón. Estos planteamientos nos permiten plantear dos aseveraciones:

- La mujer no es aprehendida por el hombre como una. Evoco aquí una afirmación de J. A. Miller en *Lógicas de la vida amorosa* : "*Cuando se dice Dirne se trata de la siguiente condición de amor: que la mujer en cuestión no sea toda para el sujeto, es una versión de la exigencia de que la mujer no sea toda para poderla reconocer como mujer...es una manera de decir de que, en el nivel del goce, la mujer se escapa, la mujer huye...*" (11). Es lo que de la mujer permanece en el territorio de la sombra, del silencio, de lo inexpresado.



- También es posible afirmar que la perversión es la vía por la que el hombre accede a la mujer que desata su sensualidad. En el Seminario 20, Lacan afirma al respecto: "*El acto de amor es la perversión polimorfa del macho y ello en el ser que habla. Nada más cierto, más coherente, más estricto en lo que al discurso freudiano se refiere*" (12).

El varón responde con la perversión allí donde la mujer no puede ser **una ni toda**. Es preciso preguntarse: ¿Qué sucede con la mujer en este mismo aspecto?. Podemos afirmar, partiendo de los desarrollos freudianos, que al igual que para el hombre, para la mujer su posición en el amor y deseo tienen su punto de partida en el llamado complejo de castración. Las particulares consecuencias que este complejo ocasiona en la mujer y que Freud nombra como envidia de pene, concepto que sería necesario analizar con atención para verificar que no se trata únicamente de un efecto que se agota en el registro imaginario, nos permiten decir que una mujer ama a un hombre por lo que puede darle, para recubrir la nada que se le ha puesto de manifiesto con el descubrimiento de la diferencia sexual anatómica.

Es a causa de este descubrimiento por lo que la niña vira al padre, abandonando a la madre, buscando en él el sustituto del falo que no tiene. Para ello se hace amar, para ello incita el deseo de un hombre. Nos dice Lacan en el Seminario 20; "*Un hombre no es otra cosa que un significante. Una mujer busca a un hombre a título de significante*" (13). A partir de ello podemos decir que para una mujer un hombre ofrece un significante en el lugar en el que para ella se hace presente una nada, el amor de un hombre le permite recubrirla. Será quizás por ello por lo cual es tan frecuente encontrar mujeres para quienes el abandono de la pareja, del hombre que ejerce esta función, es descrito y vivido como una experiencia que las enfrenta con la nada radical, con el más doloroso sin sentido. En este contexto es pertinente recordar que Freud en la conferencia que titula *Angustia y vida pulsional* anota que en las mujeres no existe la angustia de castración, tan presente y determinante en los varones, pero en su lugar hace presencia la angustia a la pérdida de amor. Esto supone que para una mujer el ser amada es la posibilidad de eludir la nada y el significar algo para el otro en términos amorosos asegura un lugar en el ser. Evoco aquí una afirmación de Colette Soler: "*Es que en el amor, en todo caso para una mujer, ser amado anula momentáneamente la castración...perder el amor es equivalente a un efecto de castración para las mujeres*" (14).

Ello tal vez nos permita ir comprendiendo la aparentemente absurda actitud de muchas mujeres que son capaces de tolerar cualquier cosa del hombre con el que están si a cambio él permanece con ellas, esto es, están dispuestas a pagar cualquier precio, incluido el desprecio y el maltrato físico, si ello es la condición para que el otro se mantenga a su lado.



Citas

1. *Mitología*. Volumen II. Brasil: Editorial Brasil, sin año, p. 528.
2. PLATÓN, *Diálogos socráticos. El banquete*. México: W.M. Jackson Inc., 1.973, p. 267.
3. COLLI, Georgio. *El nacimiento de la filosofía*. España: Tusquets editores, 1.994, p. 46.
4. FREUD, Sigmund. *El tabú de la virginidad*. Buenos Aires: Amorrortu editores, 1.976, tomo II, p. 194
5. PLATON, Op. cit., p. 283.
6. SHOPENHAUER, Arthur. *El amor, las mujeres y la muerte*. p. 41.
7. FREUD, Sigmund. *La cabeza de medusa*. Madrid, España: Biblioteca Nueva, 1.981, tomo 3, p. 2697.
8. FREUD, Sigmund. *La organización sexual infantil*. Madrid, España: Biblioteca Nueva, 1.981, tomo 3, p. 2700.
9. LACAN, Jacques. *La significación del falo*. En Los Escritos. Buenos Aires: Editorial Paidós. p. 674.
10. FREUD, Sigmund. *La más generalizada degradación de la vida amorosa*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1,976, Tomo II, p. 178.
11. MILLER, J.A. *Lógicas de la vida amorosa*. Buenos Aires: Ed. Manantial, 1.991, p. 28.
12. LACAN, Jacques. *Seminario 20*, Buenos Aires: Ed. Paidós, p. 88
13. *Ibíd.*, p. 44.
14. SOLER, Colette, *Las mujeres y el sacrificio*. Argentina: Ed. E.O.L. p. 40.

(*) Ángela María Jaramillo

Psicoanalista, Magister en Ciencias Sociales y Humanas, Profesora del Departamento de Psicoanálisis de la Universidad de Antioquia.

